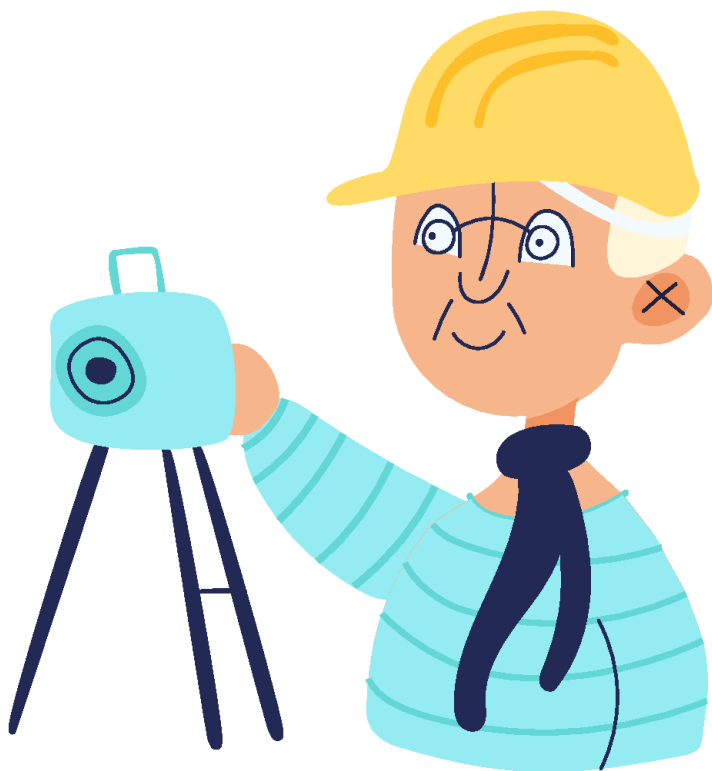


ALBERTO FRANCISCO BOCCACCI

MIS ANDANZAS COMO AGRIMENSOR



MIS ANDANZAS COMO AGRIMENSOR

A MODO DE PRÓLOGO

Cursé el secundario en el histórico Colegio Nacional de Buenos Aires, dependiente de la Universidad de Buenos Aires. Ubicado en la histórica también "manzana de las Luces". Tras los seis años reglamentarios, obtuve el título de bachiller. Salí sabiendo sólo bachillerías, aunque el fondo de cultura general fue muy bueno. Baste decir que el latín se cursaba los seis años. Los profesores eran todos también profesores de dicha Universidad.

Gracias al privilegio que teníamos todos los egresados del "Buenos Aires", decidí anotarme en la Facultad de Ciencias Exactas, aunque la exactitud no era su característica. Elegí Ingeniería Civil. En quinto año descubrí que no era de mi gusto y la cambié por Agrimensura, que sí me encantó. En esta carrera se estudia a fondo La Teoría de los Errores, justo en la Facultad de Ciencias Exactas. Paradojal.

Sé de no pocos edificios, puentes, viaductos, etc, que se derrumbaron. No sé de ninguna mensura que no haya cumplido su objetivo. El Agrimensor sabe bien lo que hace. Elige el instrumento y el método adecuado según sea el trabajo a realizar y el valor del

terreno a mensurar y, también, controla la concordancia o no con el título de propiedad. Esto último a veces se transforma en una labor detectivesca e histórica muy interesante. El escribano cuando describe el bien inmobiliario a transferir lo describe con sus medidas, orientaciones y linderos, de lo cual da Fe, no porque lo haya visto, sino porque se apoya en la Fe que da el trabajo oficializado de un agrimensor que con su firma da la Fe en que se apoya el escribano. Por eso hoy día el agrimensor es por ley tan oficial público como el escribano.

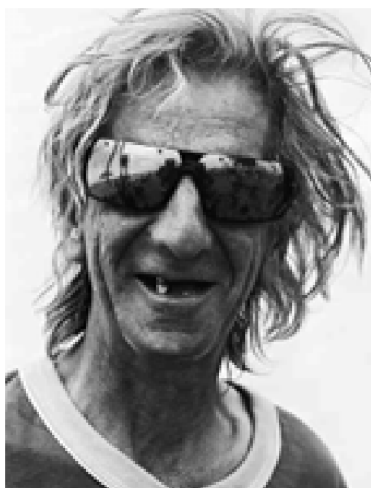
Una profesión que me ha dado muchas satisfacciones, muchos nobles colegas, mucho contacto con ese terruño querido que llamamos Patria. Contentos todos de ejercitarnos en la hermosura de la Verdad.

“LA VERDAD OS HARÁ LIBRE”.

Basta de cháchara. Pasemos a mis andanzas como agrimensor:

DON SANTIAGO FÉLIX AGUILAR

ME COMISIONÓ EL BANCO HIPOTECARIO NACIONAL (BHN) PARA MEDIR UN TERRENO DE PROPIEDAD DEL FERROCARRIL GRAL SAN MARTÍN EN LA CIUDAD DE MENDOZA.



Se trataba de hacer un amanzanamiento, loteo, y trazado de calles a empalmar con las del entorno. Una fracción de terreno muy irregular, con una marcada pendiente, de contornos amorfos. Una superficie de unas diecisiete hectáreas. Estaba en los límites últimos de la precordillera, que llegaban hasta unos cien metros de la Avenida San Martín, la más importante de la Ciudad.

En ese terreno se refugiaba un linyera en una vieja tapera de adobe desvencijada. Con temor me acerco a él y le pregunto si quería ganarse unos pesos macheteando yuyos. Lo conchabé a veintisiete pesos por jornada (1952).

Me sorprendió de entrada su educación, su gentileza al hablar, su lucidez. Le expliqué en pocas palabras el porqué de mi presencia ahí y en qué consistiría su trabajo. Lo entendió rápidamente. La mensura me llevó 45 días. Dado el valor del predio tuve que realizar las mediciones con la precisión acorde con la importancia urbanística del lugar. Acordé con Aguilar comenzar con los trabajos al día siguiente.

Muy tempranito por la mañana me acerco a su diminuta tapera. Era un día invernal, de esos que te congelan las manos y te hacen caer la cinta de acero medidora al perder el tacto. El vagabundo estaba durmiendo. Tenía escarcha sobre su saco, un trapo le rodeaba el cuello. Dada su respetuosa personalidad no faltaba gente caritativa que le acercaran algo para comer, una bebida, o un dinerillo, y hasta elementos para afeitarse y cortarse el pelo de vez en cuando.

Se levantó, se puso su sombrero tipo "cloche", y me saludó: ¡Buen día señor, aquí estoy a sus órdenes .

Al cabo de unos días, le avisan al linyera que debía desalojar el campo. Me contó su penosa situación y me pide si podía yo interceder ante las autoridades del Ferrocarril para lograr que lo dejaran seguir ocupándolo como cuidador ad-honoren, hasta cuando les fuera útil. Averigüé. Me sugirieron que presentara una solicitud. La respuesta fue positiva. Le comunico la buena noticia al pordiosero. Le pido sus datos. Saca de su raída chaqueta su impecable libreta de enroalamiento: Santiago Félix Aguilar. 55 años. Aparentaba tener unos años más. Casi sin dientes. Muy delgado y deteriorado.

Al día siguiente llevo lo necesario para redactar la nota. Apoyo el papel sobre el capot del coche que me había asignado el Banco. Se adelanta Aguilar para decirme:

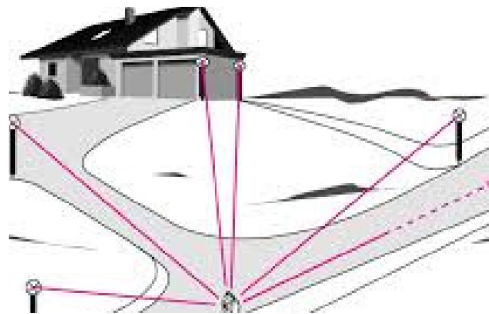
- No se moleste señor, permítame su lapicera-fuente.

Don Santiago escribió él mismo la solicitud. Una caligrafía y una redacción impecable. Me emocioné. La solicitud me la firmó el Gerente del Banco Hipotecario. Aguilar fue autorizado, aunque ya le habían destruido el techo.

Le pregunto: Don Aguilar, ¿qué misterio hay detrás de su vida? Me contó: fui jefe de mecánicos de aviones en el Aeropuerto de Córdoba. Un día estaba cumpliendo mis tareas habituales y se me rompieron los lentes. Fui a casa a buscar otro que tenía de repuesto. Encontré a mi mujer acostada con otro hombre. Sin decir una sola palabra, con nada más que lo que tenía puesto y mi libreta de enroscamiento (la conservaba impecable) me fui caminando a Mendoza desde Córdoba por la vía del tren, acarreando una gran angustia, aunque también una misteriosa paz, la paz que me da el haber sabido perdonar.

Oh sorpresa la mía! Qué hermosa lección de Amor me dio Don Aguilar.

Fue un ayudante de lujo porque sabía de matemáticas, trigonometría, física. Cada vez que llegábamos a un campo para medirlo, sin necesidad de explicarle nada, él mismo me marcaba de antemano el polígono de apoyo a medir, colocando un jalón y una estaca de tipa en cada uno de los vértices. Me había entendido perfectamente mi técnica de trabajo y cuidando la visibilidad hacia los mojones, que eran prolijos trozos de rieles puestos por la Empresa del Ferrocarril, tal como acostumbraba hacer siempre con sus bienes inmobiliarios relacionados con sus áreas ferroviarias. Si había escarcha dejaba encendidas unas brasas y ponía unas



bolsas para que la misma no me enfriara los pies mientras medía los ángulos con el teodolito ¡Qué lujo!

Le compré lo que me pidió para guarecerse del frío, y le hice recomponer el techo de su hábitat. Lo retuve trabajando conmigo unos 50 días más. La primera vez que lo llevé a un hotel, en San Rafael, el hotelero nos ubicó en una holgada habitación con 4 camas.

Después de cenar, nos acostamos, don Aguilar, mi chofer, otro ayudante y yo. Hacía frío. La cama con buenas frazadas. Apagamos la luz. Al rato don Aguilar no paraba de estornudar. Él, que solía vivir en terreno escarchado, él, que la primer mañana que lo conocí dormía poco menos que a la intemperie. Aguilar estornudando sin cesar, y nosotros no parábamos de reír por lo contradictorio del hecho. Con un té caliente y una aspirina dejó de estornudar.

Cuando terminé con varios trabajos en Mendoza, antes de volverme a Buenos Aires le conseguí, con la ayuda del mismo Gerente del BHN, Sr Duarte, un trabajo como sereno en una panadería y confitería de la ciudad. A los pocos años enfermó y falleció. Esta anécdota me ocurrió allá por 1952. Tengo ya 96 años. Lo he llevado siempre en mi corazón y en mis oraciones. Sé bien que dentro de poco me abrazaré con él en el más allá. Es mi Fe.

Jamás pensé que casi medio siglo después iba a escribir este relato. No llevé nunca ni una antigua máquina fotográfica Kodak de cajón. No me gustaban las fotos de aquel entonces, en blanco y negro. La que adorna el título de este relato es la más parecida a Don Aguilar que encontré en Internet.

¿POR QUÉ LO LLEVO SIEMPRE A DON AGUILAR EN MI CORAZÓN? POR LA HERMOSA LECCIÓN QUE ME DEJÓ. EN VERDAD, EL PERDÓN ALEGRA AL QUE LO DA Y AL QUE LO RECIBE. EL PERDÓN CAMBIA HISTORIAS.

AYUNO OBLIGATORIO

ME PIDEN QUE VAYA A COLONIA ALVEAR PARA MEDIR UNA CHACRA.

No tenía derecho de riego. Los ingleses, geniales para los negocios, solían comprar tales predios porque estaban seguros de obtener el derecho de riego mediante sus "influencias". Para ello la Dirección de Hidráulica de la Provincia se veía obligada a buscar la fuente más cercana y de ahí proyectar la traza más económica para la acequia de suministro.

Ese campo había surgido catastralmente vaya uno a saber cómo ni cuándo. Pero lo admirable era que estaba alambrado y amojonado con rieles de ferrocarril. Yo cumplí con lo que me pidieron y punto. Llego a Colonia Alvear con mis bártulos. Solito. Me alojo en el Hotel Alvear, sobre la Avenida Alvear. Cené y me fui a dormir, cansado del viaje. A la mañana, desayuno, y le pregunto al conserje si en esa Ciudad habita algún agrimensor o ingeniero. Sí, agrimensor no, pero en la otra cuadra, sobre esta misma avenida va a encontrar una puerta que tiene una chapa de bronce que dice Jalif, Ingeniero Civil, recién

recibido. 26 años. Fui esperanzado. Como si me estuviera esperando. Estaba sin trabajo. Contentísimo con la paga que le ofrecí. Para mejor, tenía una sarandeadada camionetita. Rezongando, la pobre andaba. Enfilamos para el campo a medir, por pavimento al principio, hasta que se terminó el pavimento y empalmaba con un camino que era un arenal propio de tierras sin derecho de riego. Hasta aquí llegamos, soltó Jalif, no hago ni diez metros más. Miré que justo ahí, a orilla del camino, había un pequeño almacén de ramos generales. Bajamos. Le explicamos al pulpero el porqué de nuestra presencia. Ante todo le preguntamos si nos podía alquilar un carro con caballo que estaba ahí, a la vista. Como no llevábamos comida, le encargamos unos emparedados. Pan, queso, salamín.

Nos hizo un lindo paquete con papel blanco y atado con un fuerte piolín.

El trayecto en carro fue de unos pocos centenares de metro. Llegamos, atamos al caballo previamente desconectado del carro. Todo un arenal. Plantaciones típicas de los arenales. Espinas por todas partes. El paquete con la comida lo escondimos debajo de un matorral. Veo una loma de arena cerca de donde habíamos aparcado. Subo fatigosamente la loma del arenal para otear desde allí el campo. Allí mismo pude ubicar una base para hacer desde sus extremos las mediciones angulares que me permitirían ubicar puntos del perímetro por "intercesión hacia adelante." Monté el caballo en pelo con mis bombachas batarazas, y fui a colocar sendos jalones con banderines en los mojones del contrafrente. Las espinas me arañaron bombacha y piernas que me quedaron surcadas de arañazos, algunos sangrando. Volví a la base para dirigir las radiales a los cuatro esquineros. Mensura terminada. Jalif me ayudó a controlar la perfecta alineación de los cuatro alambrados, afortunadamente un buen trabajo de demarcación como sabían muy prolijamente hacer los ingleses.

Volvimos al camino para descansar, comer los emparedados y volver a la posada. Pero el paquete en papel blanco había desapareci-

do. Lo habían robado. Resignados, enganchamos al pobre caballo, también hambriento y sediento y nos volvimos. Le contamos al posadero. Nos explicó que su perro, fue olfateando el recorrido del paquete, lo ubicó y lo retornó intacto.

Entre risas nos preparó un almuerzo mejor.

En la oficina de Jalif hice los cálculos. Los valores coincidían satisfactoriamente con las medidas según título.

Aclaro que yo trabajaba con un buen contrato con el Banco Hipotecario Nacional, por un monto anual dividido en 12 meses, con todos los gastos pagos. Inclusive me alquilaban el instrumental a tanto por día, y con un coche con chofer para cuando lo necesitara.

HOSPITAL FERROVIARIO

FUE EN MENDOZA CIUDAD. LLEGUÉ DE MAÑANA, DESPUÉS DE VIAJAR TODA LA NOCHE EN CAMAROTE. FUI A PARAR A UN HOTEL SOBRE LA AVENIDA LAS HERAS. JUSTO TAMBIÉN EN LAS HERAS, HACIENDO ESQUINA CON UNA CALLE ALDEAÑA A LA ZONA DE VÍAS, TENÍA QUE MEDIR UN TERRENO GRANDE PARA LOTEARLO.

Después de desayunar en el hotel un chocolate con medias lunas, me preparé mi instrumental y salí para hacer el trabajo. Eran las once de la mañana. Estaba midiendo con mi teodolito unos ángulos con el sol mendocino de noviembre sobre mi cabeza descubierta. Empecé a notar que me mareaba. Me caí insolado e inconsciente. Mi ayudante llamó inicialmente a la policía, que a su vez, al ver que estaba en una propiedad del Ferrocarril, llamó al Hospital Ferroviario. Me llevaron a dicho Hospital. Mi ayudante se quedó cuidando mis pertenencias. Al llegar al hospital ya me había recuperado durante el trayecto. Me pusieron enseguida en una camilla. Se acercó una enfermera. Me pidió documentos. Se los mostré.

-Deme ahora su carnet de ferroviario.

Le respondo: -No soy ferroviario. Enojada me ordena bájese enseguida de la camilla y siéntese en esa silla. Allí me quedé esperando hasta que apareció mi ayudante y volvimos al hotel. Mi ayudante

llevó mis implementos al Hotel y tuvo además el cuidado de quitarme del bolsillo todo el dinero que había traído de Buenos Aires. Una correcta gentileza que le agradecí. Me fue recomendado por el agrimensor español Martínez Carrasco, gran amigo, del que hablaré más adelante. Tuve suerte, las insolaciones son muy peligrosas. El jefe del importante Departamento de Agrimensura del Banco Hipotecario, el agrimensor Borio, se insoló durante una mensura en Córdoba, a raíz de la cual falleció al mes. Ocho días antes lo visité en el Hospital Bancario. Un valioso profesional y un gran amigo. Aprovecho para señalar que tanto el BHN como el BNA realizaron, junto con la Dirección de Tierras dirigida por el insigne agrimensor Pallejá, una labor ciclópea en la primer mitad del siglo XX. Prácticamente hicieron un catastro parcelario en provincias como la de Bs. Aires, Santa Fe, Chaco, Formosa, Salta, San Luis, Mendoza, La Pampa y que sirvió para poder otorgar los créditos hipotecarios que dinamizaron la actividad agropecuaria. El BHN contrató también un relevamiento aerofotogramétrico de la Ciudad de Buenos Aires, magnífico por la precisión lograda, en escala 1 en 100, y que sirvió para actualizar los impuestos inmobiliarios. Se editó en centenares de atlas encuadernados cuidadosamente de 80 x70 cm, distribuidos en diez mesas enormes para facilitar su consulta pública.

LADRONES DE MARTILLOS

VOY UN DÍA A AMOJONAR UNOS LOTES EN CAPITAL. MEDIA MANZANA. UNO DE LOS COSTADOS DABA FRENTE A UNA AVENIDA, Y JUSTO ENFRENTE HABÍA TAMBIÉN UN TERRENO INVADIDO POR OCUPAS. TODO UN CHAPERÍO. LOS CHICOS DE LA VILLA CORRIENDO Y JUGANDO POR DOQUIER.

Yo midiendo y marcando los lotes con mi ayudante. En un momento mi ayudante dejó la masa con que hincaba las estacas de lapacho sobre la vereda.

Los chiquilines, rápidos de vista y de imaginación, tiraron la pelota hacia el martillo. Cruzaron la calle para recuperar la pelota, y junto con la pelota se levantaron con el martillo, sin que los viéramos.

Pensé en buscar una ferretería para comprar otro martillo. Pero, sospeché de una travesura de los chicos. Cruzo, y le pregunto si encontraron un martillo. Me dijeron que no, pero me ofrecieron uno (era el mío); me lo vendían por 10 pesos (año 1953). Trato hecho.

Otra vez en Mar del Plata. Frente a la aristocrática calle Peña, me comisionaron lotear un inmueble. Una hectárea, es decir una manzana. Había allí un lujoso y grande chalet, en medio de un hermoso jardín. Vivía solamente un cuidador. Era italiano. Grandote. Una vez aprobado el plano de subdivisión, volví para amojonar los

lotes acompañado de un ayudante. Mientras estaba estaqueando los frentes de los lotes, estando en proximidad de una ochava sobre Peña, dejé un momento el martillo pesado con que estaba estaqueando. Era un día de invierno, desapacible. No había un alma, ni se veía ni un coche. En ese momento observaba mi trabajo el italiano. Apareció como un fantasma una mucama con un niñito en un cochecito paseándolo tranquilamente por el medio de la calle Peña. Cuando la mucama ya se había alejado unos cincuenta metros, noto que el martillo, que había dejado sobre la vereda no estaba. Le pregunto al italiano si él lo había levantado. Rápido, me dijo: -Sígame.

Corrió hacia la mucama, y cuando la alcanzó le dijo:

-Danme il martello, senó t'anmasso.

La mucama lo sacó del cochecito, asustada y pidiendo disculpas.

¡QUÉ LIGERITA ES LA GENTE !

CON UN REVÓLVER ASOMANDO DE UNA BOTA DE GOMA.

ME LLAMÓ UN CLIENTE. TENÍA UN PROBLEMA DE DESLINDE CON UN VECINO CON RESPECTO AL CONTRAFRENTE DE SU LOTE. EL FRENTE DEL MISMO DABA AL RÍO CAPITÁN (DELTA DEL PARANÁ).

El lote medía exactamente mil metros de fondo en sus costados y cuarenta de frente y contrafrente. Un rectángulo perfecto. Me previno el dueño que hacía 5 años que lo había comprado, y antes de firmar la escritura exigió que se lo amojonaran con todas las reglas del arte agrimensuril. La escritura describía el bien de acuerdo con un plano aprobado por la Dirección de Geodesia de la Provincia. Le habían aconsejado hacer colocar mojones de lapacho y mejor si fueran de quebracho, dado lo corrosivos que son los terrenos excesivamente húmedos. Y para mejor los hizo pintar de blanco. Todo

legalmente en orden, al menos en los papeles.

Tomé una lancha colectivo con mis dos ayudantes. Los mojones del frente subsistían en muy buen estado.

Me dispongo a medir el costado izquierdo con mi cinta de 50 metros. Mis ayudantes iban al frente. Uno de ellos macheteando la cortadera.

Cuando llegamos a los 950 metros me encuentro con un hombre de apariencia piratesca, bien parado, alto, corpulento, con las piernas abiertas, amenazante, con un machete en una mano. Se le veía aflorar de una bota de goma el cabo de un revólver. Lo secundaban dos edecanes tres metros detrás.

Con voz de comisario de campo, me increpa con estas palabras:

-De aquí no pasa mocito, sino le corto la cinta. No me inmuté en lo más mínimo. Esos trances me gustan. Con mi habitual dulzura de catequista experimentado, me acerco al hombre. Con ojos dulces y cariñosos le tiendo la mano:

-Buen día Señor. Con todo respeto acato su orden. Pero lo invito a que escuche a un profesional de estos menesteres. Le aseguro que va a salir ganando, y sin ningún gasto.

Quito de mi cartera de campaña el plano de mensura aprobado. Se lo muestro. En cada esquinero decía mojón de lapacho de 10 x 10cm de 1,50 metro de largo. Señor, le digo, en los dos esquineros del frente encontré estos mojones en buen estado. Quiero suponer que en los dos del contrafrente deben estar también mojones similares. Secamente me responde:

-Aquí no hay mojones. Le muestro el plano, que el agrimensor que lo firmaba afortunadamente había señalado con un signo topográfico que el contrafrente coincidía con una pequeña horqueta de desagüe. Le explico:

-Es posible que durante alguna inundación la crecida en el agua de la horqueta haya movido y arrastrado algo el mojón. ¿Me permite inspeccionar, sólo inspeccionar?

-Inspeccione, pero sin la cinta

Ok. Avanzo unos diez metros. El mojón no estaba. Husmeo en el sentido aparente de la corriente, y veo a unos cinco metros el mojón volteado. Estaba íntegro, todavía con algo de la pintura blanca original.

-**M**uy bien Señor, si Ud me permite voy a llegar con mi medición hasta los mil metros exactos y allí si Ud me permite lo vamos a afirmar como corresponde. De esta manera Ud, sin gastar un solo peso, se quedará con su contrafrente bien amojonado, y se evitará que le hagan un juicio de deslinde, que eso sí le saldría muy caro.

Quedamos de acuerdo, y le busqué también el otro mojón del contrafrente, similar al anterior, bien firme porque la horquetita ya no pasaba por él. Aproveché este mojón para medir los 40 metros hasta el mojón volteado a fin de asegurar su posición. Contentos todos.

Nos despedimos amigablemente. Le dejé mi tarjeta profesional.

ROZANDO PERSONALIDADES

ACLARO QUE ESTOY ESCRIBIENDO ESTAS MEMORIAS RESPONDIENDO A INSISTENTES RECLAMOS DE MIS DESCENDIENTES. NUNCA PENSÉ QUE ME PODÍAN RECLAMAR ESTAS CURIOSIDADES. NO ME PREOCUPÉ DE GUARDAR DOCUMENTOS Y PLANOS, QUE HOY ME HUBIERAN SERVIDO PARA ESCRIBIR APOYADO EN ALGO MÁS CERTERO QUE MI MEMORIA HISTÓRICA, QUE, SIN EMBARGO LA TENGO BASTANTE ACEPTABLE.

Comienzo recordando que allá cuando recién apareció la ley de propiedad horizontal. Nadie sabía cómo hacer un plano de división de unidades funcionales. Cómo evaluar galerías, cómo delimitar áreas debajo de escaleras, si sólo se debía medir el perímetro de cada unidad, o debía también relevarse los espacios interiores a cada unidad, cómo se debía presentar las planillas discriminatorias de superficies cubiertas, semicubiertas, superpuestas, patios, cómo se determinaba el porcentual de dominio. Las reglamentaciones cambiaban todos los días. Obtener la aprobación de un plano en la Dirección de Catastro recién fundada, era más difícil que hacer gárgaras con talco.

Así es cómo en esos días me encargaron una división en PH de un edificio de departamentos, muy lujoso, de principios de siglo, allá por la "belle époque", una época en que no se conocían los ascensores, y escaseaban los garajes en concordancia con la casi inexistencia de automóviles. Salvo para berlinas, coupés, fiacres, etc.

El edificio era de tres pisos. Los departamentos del tercer piso con salida a una amplísima terraza. La escalera, circular, de 2,50 m de ancho. Tenía todo el aspecto de un castillo. Uno de los departamentos de planta baja lo había habitado el General Aramburu, de triste final. Estaba en la calle Ascuénaga al 1700, si mal no recuerdo. El lote medía 40 x 40 m.

Otro día me encargan inspeccionar un edificio en la calle Austria, a pocos metros de la Avenida Las Heras. Sólo para hacer un inventario de bienes muebles. Ese inmueble lo había habitado el Almirante Rojas.

Me ordenan otro día mensurar y dividir en lotes una mansión en la calle Suipacha al 1100. Fue siempre residencia oficial del Presidente de la Nación en Bs.Aires. El último presidente en ocuparla fue el Presidente radical Ortiz. El edificio era hermoso. De la Belle Époque. Se recostaba todo sobre el contrafrente. Todo el resto era jardín hasta todo el frente.

A Ortiz no le gustó que lo vieran desde los edificios altos, frentistas. Por esta razón hizo contruir en un costado del jardín una vivienda semi-subterránea al abrigo de miradas, en donde hacía su vida familiar sin lujos.

El Estado tuvo una primera intención de venderlo en lotes. Así lo loteé. Pero luego, a raíz de un cambio de gobierno, se dispuso cederlo a la Curia de Buenos Aires.

En otra ocasión me enviaron a hacer un inventario, después de la caída de Perón, al edificio de la Fundación Eva Perón, sobre la Av. Paseo Colón.

Un edificio imponente en donde abundaba el mármol de Carrara por

todas partes. Mármol que le fue regalado al Gobierno por la firma importadora, Bianco y Cia, a cambio de tener la concesión de tal suministro para todos los edificios estatales a construir. Allí conocí con sorpresa el despacho de la Eva Perón, Vicepresidenta. Digo con sorpresa porque era sumamente sencillo. Medía sólo 3x2 m. Muy sencillo. Se llegaba por un muy largo pasillo de un metro de ancho, con acceso desde la calle, a través de una simple puerta disimulada, de una hoja de 0,70 x 1,80 m. Por ahí entraba Perón todos los miércoles a las 8 de la mañana en punto para saludar a su esposa. Conocí al portero que le abría la puerta. Perón tras saludarlo, comentaba con él brevemente sobre el fútbol del último domingo.

En ese mismo edificio, en el último piso se habilitó un gran espacio, todo azulejado de blanco, con una mesa de mármol, en donde trabajó durante un año un especialista europeo en embalsamamiento. Ese laboratorio formó parte del inventario..

VIVIENDO UNA SEMANA EN EL CHALET DE VERANEO DE LOS PRESIDENTES EN CHAPADMALAL.

ME COMISIONARON PARA IR AL COMPLEJO TURÍSTICO DE CHAPADMALAL, ALLÍ DONDE ESTABA LA RESIDENCIA PRESIDENCIAL DE VERANEO DE LOS PRESIDENTES DE LA REPÚBLICA. Fui para medir un campo de 900 hectáreas aldeaña al complejo que el Estado había decidido comprar para pastoreo de animales destinados a proveer de carne a los turistas empleados del Estado, y a los escolares de la Colonia. Una larga y revuelta historia.

Llego al Complejo Turístico. El administrador, ya avisado, me recibió muy bien. Me comunicó que habían ordenado alojarme en la re-

sidencia presidencial. Me acompañó hasta la misma. Espectacular, con vista al mar, y con todas las comodidades, magníficamente amueblada.

Entro con mi ayudante y con mis bártulos. En ese momento yo llevaba cuatro jalones de 2,20 de altura. Al cruzar el Hall de entrada le pego con mis jalones a un lindo plafond. Mil pedazos. El administrador me consoló diciéndome: -No se preocupe, mañana mismo colocaremos otro similar.

En sus ojos vislumbré una mirada que me decía ¡Qué boludo!

Estuve trabajando casi una semana, tratando de ubicar el título de propiedad en el terreno para estaquearlo con fundamento legal.

Durante ese tiempo fuimos atendidos en el chalet por una mucama gentil. A la mañana temprano nos traía el desayuno. Y después el almuerzo y la cena.

Cinco estrellas. Me sentí presidente de la Nación. Era invierno. Teníamos fuego continuamente en una gran estufa hogar en la sala principal. Después de almorzar nos recostábamos una media hora antes de volver al campo, después de disfrutar de unas hermosas vistas al mar. Nos tocaron lindos días de sol.

UN DOMINGO DE MANANA MENSURANDO CON EL APLAUSO DE PERÓN.

MENSURABA PARA HACER UN AMANZANAMIENTO Y LOTEO DE UN TERRENO MUY CERCA DE LA RUTA QUE UNE SAN VICENTE CON EMPALME SAN VICENTE. Un lindo día de sol. Estaba con mi teodolito instalado en la banquina de la ruta. De pronto comienzo a oír un ruido de motores creciente en decibeles, hasta

que veo aparecer de una curva próxima una doble hilera de motocicletas con banderitas argentinas. Era el Presidente Perón acompañado de Evita. Iban a su quinta de San Vicente. Al llegar adonde yo estaba, Perón hizo bajar la velocidad de su coche. Perón bajó el vidrio de su ventanilla, me saludó sonriente y me dijo, lo felicito ingeniero, así se levanta al país. Era domingo. Levanté una mano respondiendo a su saludo.

MIDIENDO BURDELES

ME ENCARGARON LA MENSURA Y SUBDIVISIÓN DE UN BURDEL EN LA CALLE BACACAY DE BAIRES.

Todas las habitaciones en planta baja. Rodeaban todo el perímetro del lote, de 20 m de frente por treinta de fondo. El trabajo lo pude hacer sin mayores problemas. Lo que me resultaba molesto era tener que, a veces, entrar y salir del edificio, junto con mi ayudante. Más que nada porque pensaba lo que podían imaginar desde los balcones de la manzana frentista.

Otro día, me tocó medir otro burdel. Era un lote de esquina. Terreno chico. Lugar, ciudad de Tigre. Llegué al lugar después de haber he-

cho otra mensura en Vicente López. Era la una del mediodía. Pleno verano. Una canícula insoportable. La puerta de entrada en la ochava. Toco el timbre. Me atiende la Madama. Le explico: -Vengo de parte del propietario, Señor fulano para medir esta propiedad.

La Madama me cuenta:

-**L**amentablemente tengo un cliente. ¿Tiene Ud que entrar en las habitaciones?

-**S**í, señora.

-**E**ntonces vuelva dentro de una hora.

-**S**eñora, vengo de trabajar con este calor insoportable, tendría que volver otro día. Dígale a la pareja si me pueden facilitar hacer mi trabajo. Necesito sólo 5 minutos.

-**E**spere. Les preguntaré.

Vuelve al rato y me hace pasar. La pareja estaba toda tapada con una sábana.

Me volví en mi Jeep, contento con mi ayudante, riéndonos de la aventura.

EN QUEQUÉN

LOS INGLESES HABÍAN COMPRADO UNAS MIL HECTÁREAS EN QUEQUÉN, PRÓXIMAS AL MAR. LAS URBANIZARON EN FRACCIONES DE 100 HECTÁREAS EN DAMERO, CON LAS CORRESPONDIENTES APERTURAS DE CALLES, TODAS DE TIERRA.

En las dos hectáreas más alejadas del mar, frentistas al camino pavimentado que llevaba a la ciudad de Quequén, levantaron una gran fábrica de leche en polvo, la famosa leche en polvo Glaxo, la primera del país. Unas instalaciones magníficas, todas en acero inoxidable.

Compraron toda la ingeniería de detalle e ingeniería de obra en Inglaterra, llave en mano.

Surtió de leche en polvo a nuestra Argentina y a países limítrofes.

Perón la compró a los ingleses al comprar sus ferrocarriles, con todos sus sobrantes de tierras.

Esta compra la realizó un año antes del vencimiento de la concesión que tenían los ingleses, fecha en que los ingleses estaban obligados a ceder gratuitamente todo su paquete empresario. ¡Lindo negocio para los ingleses y...para Perón. Se habló de un retorno de 200 millones de dólares, con los que Perón compró Puerta de Hierro y un Supermercado en Madrid. No era un bebé de pecho.

Volviendo a lo que estaba contando, me comisionaron hacer aprobar en Geodesia ese complejo de chacras en Quequén.

Tomé como ayudante a un tasador del Banco de la Nación, un personaje muy simpático y servicial. Tendría unos 60 años. Experto en ganadería y agricultura. Vivía sobre la alameda (en realidad eucaliptera) de la ciudad de Necochea, en cuyo hotel Colón, me alojé.

De paso agrego que era pleno verano. La ciudad estaba llena de turistas. Lo único que encontré como hotel decente fue el Colón, el mejor. Pero el hotelero me ofreció sólo compartir una habitación con otra persona. Lo único que tenía para ofrecerme. Era de noche. Yo estaba muy cansado. No tuve más remedio que aceptar a regañía dientes. Mi copartícipe era un joven que se ganaba la vida cantando tangos en una boite. Se afeitaba cantando: ¡Percanta que me amuraste... Sobre el ropero asomaba un revólver. Tenía coche. Me preguntó qué hacía ahí solo. Me dice: Pibe, te invito esta noche a la boite. Si querés un minón te la traigo a la cama esta misma noche. ¡Qué debut, mamita! Como para hablarle de catequesis. Mientras tanto seguía ejercitando su voz sin parar: "Chorra, fayé y descangallada. ¡Anécdotas!

El tasador contratado se movía en un Ford-A de museo, que puso a mi disposición. Con él trabajé unos veinte días. Un día, trabajando yo quedé a unos 600 metros de él, y yo quería comunicarle algo. No había celulares. No podía ir a su encuentro dejando el Ford con los implementos a la buena de Dios. Me puse al volante del Ford-A, la llave estaba puesta, le di a la llave. Me parecía manejar un coche de juguete. ¡Qué lindo! ¡Así llegué a poder hablar con mi ayudante.

Al día siguiente tempranito a la mañana, lo voy a buscar a mi ayudante, que recuerdo borrosamente que se llamaba Arrechea, el vasco. El día estaba nublado y amenazaba lluvia. Me dice Arrechea con tristeza:

—**M**i querido Fordcito no va más. Dónelo a un museo, me aconsejó mi mecánico.

Un año después volví.

Lo visito a Arrechea. En los fondos de su amplia casa había armado un entrepiso de madera en un galpón, y sobre el entrepiso hizo colocar en exposición su humilde e histórico Fordsito. Me mostró lo que le ocurrió con un eucalipto que estaba, calle por medio, en la plazoleta a manera de arriate. Una de sus raíces asomó por el inodoro de

su casa. El eucalipto tiene raíces muy superficiales; de ahí que las tormentas de viento los volteen fácilmente.

No se aflija me susurró, no se va a quedar sin movilidad. Venga conmigo a la plaza Colón. Allí está la parada de sulkis-taxis. Si se anima alquilamos uno para todo el día. Dicho y hecho. Lindo sulki, lindo caballo. Fuimos a buscar los bártulos a la casa de Arrechea y enfilamos para Quequén. Pasamos por la panadería donde comprábamos todos los días sanwiches y unas facturas, y gaseosas. Seguimos viaje. Amenazaba algo de lluvia. Arrechea, conocedor del lugar, opinó que la lluvia se podía largar a la noche. Larguémosnos nosotros entonces. Trabajamos todo el día sin problemas de lluvia. Al caer la tarde embalamos todo y a casa. Apenas hicimos unos metros empezó una lloviecita, y al ratito ya apenas se veía el camino (pavimentado por suerte). El sulki tenía un protector de mica transparente. Lo bajamos del techo desenrollándolo. Yo tenía las riendas. Fueron unos de los momentos más lindos y emocionantes de mi vida. Inolvidables. Retornamos muy contentos del retorno hidráulico.

Todos los sábados volvía a Mar del Plata, en ómnibus. Me quedaba descansando en el chalet de mi suegro. Allí me esperaba mi esposa con los tres chicos, un varón y dos mujercitas. Mis joyas. Mi alegría.

En uno de mis retornos volví con una cinta de 50 m como repuesto, por las dudas. La acomodé en el portaequipaje. En la mitad del trayecto, la cinta safó del equipaje y cayó a centímetros de la cabeza de una señora del asiento de adelante. No pasó nada milagrosamente. Mientras volvíamos por un camino muy angosto de tierra, el chofer se encontró obstaculizando el camino, con un carrero guiando su caballo con sus riendas, parado en el pescante. El Omnibus apenas pasaba.

El caballo se asustó. Al moverse el carro, el ómnibus lo golpeó en la rueda y el carrero se fue al suelo. Dio la casualidad que justo enfrente estaba el Hospital de Regional de Quequén. Bajó el chofer conmigo y lo llevamos al hospital para que lo revisaran. Podía caminar. Un hospital grande. Limpio. Entramos. Golpeamos las

manos. Inútil. Nadie aparecía. Hasta que vino una mujer cuidadora. Le explicamos. Pero ella nos explicó también: este hospital no funciona para nada. No tiene personal médico. Cosas de mi querida Argentina.

El carrero quiso seguir con su carro.

UN CIRCO EN EL CAMPO

ESTANDO EN PLENO CAMPO, EN EL SIMPÁTICO PUEBLITO DE ANTONIO CARBONI, PARTIDO DE LOBOS, SEDE DEL HACENDADO MÁS RICO DE LA ARGENTINA, JUAN JOSÉ BLAQUIER, UN SÁBADO A LA NOCHE, DESPUÉS DE TODO UN DÍA MENSURANDO CAMPOS DE BLAQUIER, ME RETIRÉ A LA FONDA DONDE ESTABA ALOJADO CON MI AYUDANTE.

Fuimos al comedor para cenar, más muertos que vivos, después de patear todo el día. Estando en el comedor de la fonda, vemos con gran sorpresa entrar gente al comedor, gauchos con sus chinas, engalanados con sus mejores ropas. Rastras, espuelas, pañuelos de seda.

A través de las ventanas veíamos llegar sulkis y caballos, todos también engalanados. Le pregunto al mozo que nos atendía qué estaba pasando. ¡Cómo! ¿no sabe? Esta noche actúa Esculapio Sarrasqueta y su compañía de teatro. "Juan Moreira", el título de la representación. Ya está armada la carpa ¿No la vió? No se lo pierda. Mi ayudante y yo estábamos muertos de cansancio. Veíamos camas por todos lados.

Hasta el día de hoy me lamento no haber asistido a esa función. Fue más cómica que dramática. A la mañana siguiente el posadero nos contó. Luchando Juan Moreira a cuchillo con un matrero, éste lo hace recular hasta la empalizada de madera. Tenía que recostarse contra la empalizada de madera embocando la espalda en un agujero en la empalizada, de donde una mano tenía que enchastrarlo con pintura roja, simulando una cuchillada. Le erró al agujero. Se vio una mano buscando agitadamente la espalda de Moreira. Risas y más risas.

Otra: el que luchaba con Moreira era un joven ocasional de Carboni. Los jóvenes amigos que estaban en los tablones gritaban ¡dale Cachenchó que ya lo tenés!

Otra: en otro pasaje entra a la carpa Moreira a la carrera en un hermoso caballo blanco de larga cola. Moreira lo frena en dos patas. Tras volver a sus cuatro patas el caballo levanta la cola y evacúa inocentemente Tac..tac...tac. Risas y risotadas nuevamente.

Sarrasqueta era popularmente conocido por sus novelas por Radio El Pueblo.

CEMENTERIO ISRAELITA DE CASEROS

ME LLAMA UNA MAÑANA UN CLIENTE JUDÍO, UNO DE LOS JERARCAS DE LA COMUNIDAD JUDÍA SEFARDÍ. UN MILIONARIO. DON LÁZARO DAYÁN. UN DÍA LO VI EN LA TELE HABLANDO DE ECONOMÍA, SUGIRIENDO UN PLAN PARA EVITAR LA INFLACIÓN. ME PARECIÓ MUY REALISTA E INTERESANTE.

Quiso que le hiciera un relevamiento tipo catastral del cementerio de Caseros. Me da un salvo conducto para ir al cementerio y poder así hacer el presupuesto. A la entrada, me dan un kipá para la cabeza. Yo judío, por unas horas, a mucha honra. El presupuesto no me lo aceptaron. Muy alto.

La experiencia fue interesante. Los judíos consideran que los cadáveres, antes de ir a tierra o a nicho, tienen que ser lavados de toda impureza. Con este motivo, colocan al cadáver, despojado de la mortaja, en una mesa de mármol blanco impecablemente blanca. Allí tienen una instalación hidráulica impulsada por una bomba de

alta potencia. Colocan un manguerote en la boca del cadáver y a presión lo lavan por dentro. Las suciedades salen por el foro anal y van a un conducto cloacal. Consideran que así el cadáver resiste más a la descomposición.

Señalo que según los etimólogos la palabra cadáver viene del latín. Abreviatura de Caro Data Vermis, que significa Carne Dada a los Vermes.

Otro día mi amigo Lázaro Dayán me llevó a conocer una Sinagoga, de calle Lavalle. Espectacular, hermosísima, lujosísima. Bancos, atriles, altares, todo en cedro del Líbano. El aroma perfumado del cedro saturaba el aire. Igual que en el templo de Salomón. También siempre con el kipá puesto en la cabeza.

Habité durante 20 años en un edificio de departamentos en la calle República Arabe-Siria, a cuatro cuadras de la Sinagoga que está en la calle República de la India, frente al zoológico. Fui un sábado de mañana y pedí permiso para ver una ceremonia. Me dieron un kipá y entré. Repleta. No entendí nada, aunque muy interesante.

Los sábados a la mañana es un desfile de judíos con sus familias (muchos hijos de todas las edades) vestidos todos de gala y perfumados. Los hombres, jóvenes y niños rigurosamente de negro.

Sólo un sábado vi a un judío "rebelde" vestido todo de traje blanco, zapatos y sombrero blancos. Lo felicité y le dije: -Seguro que Ud sabe Física. Era un día de verano, muy caluroso. Había un judío que cada vez que me veía me saludaba efusivamente. Un día le dije: -seguro que Ud. me confunde con alguno de sus amigos, porque yo soy católico. Cambió de cara. Igualmente, le digo, es para mí un placer saludar a un judío. Los respeto y quiero mucho. Ustedes son realmente el pueblo elegido por Dios, son nuestros hermanos mayores como dijo Juan Pablo II. Nos seguimos saludando siempre. Alguna vez me puse a hablar con uno de esos viejitos rabinos de lengua barba. Muy simpática nuestra charla. Los rabinos, para recibir el título, después de cinco años de estudios, tienen que tener también un título universitario (médico, abogado, ingeniero, bioquímico). El conocido Rabino Skorka, un sabio, biólogo, dio su último examen,

ante el Dr Alcides Rega, mi cuñado, un profesor muy exigente. Skorka tuvo que volver a repetir su último examen en marzo siguiente.

ALMORZANDO CON UN VIEJO INDIO.

**FUE EN JUSTO DARAC, PROVINCIA DE SAN LUIS.
ME COMISIONÓ EL BANCO HIPOTECARIO PARA INSPECCIONAR UN CAMPO, EVALUARLO, CONSULTAR INMOBILIARIAS EN CUANTO AL VALOR DE LA TIERRA EN LA ZONA ALEDAÑA.
ME ENVIARON UN PLANO DE UBICACIÓN.**

Llego al campo, 10 de la mañana. Me arrimo a una tranquera enclenque. Veo a un personaje raro tomando mate en la puerta de un rancho de barro. Cerquita un caballo ensillado atado a un árbol robusto.

iCon su permiso!

-iPase, no más!

Me presento. Le explico el motivo de mi visita. **_¿Me puede alquilar el caballo para recorrer el campo?**

-Es suyo. Móntelo tranquilo, es muy mansito.

Me vino al repelo. Lo monto. Con mi libreta de campaña y una bironme empiezo el raid recostado siempre en el alambrado circundante. Iba delineando a ojo las partes altas y fértiles del campo, ca-

racterísticas por la presencia de cardos y rosetas. Y asimismo las áreas bajas e inundables, características por la pobreza de sus yuyos. Terminando el recorrido llegué al rancho de mi anfitrión. Era la una de la tarde. El gentil personaje me invitó a descansar a la sombra de su rancho y del frescor de un ombú que le hacía guardia. El rancho, un espacio rectangular de unos 20 metros cuadrados. Una mesa, y dos bancos enfrentándose, todo muy rústico como corpiño de arpillera. En una esquina del rancho un caldero colgando. Piso de tierra. Sobre la mesa había una longaniza, vaya uno a saber de qué ingredientes. Una gaseosa y dos vasos. Pan casero. En un rincón del rancho, un caldero colgando. Piso de tierra.

-**Métale amigazo, la longaniza está para hacerle los honores.**

Tenía hambre. Comí cerrando los ojos y la mente.

El hombre era indio pampa, ennegrecido por el sol, rostro más arrugado que bandoneón. Tenía 100 años. Su charla interesantísima, llena de historia.

-**¿Cómo te llamas? Me dicen el indio pampa.**

-**¿Y vos?**

-**Alberto**

-**¿Cómo haces a tu edad para montar tu caballo?**

-**Pregúntele al caballo, amigazo.**

El taxi que me trajo, me vino a buscar. Me despido con un fuerte apretón de manos. Le dejé un buen dinero sobre la mesa. Hasta siempre, don Pampa, que Dios lo acompañe.

-**Lo mismo digo don Alberto.**

-**¡Qué lucidez!**

Me fui preocupado por la longaniza. Pero pensé: si este hombre llegó a los cien años comiendo estas cosas, puedo estar tranquilo.

ME ROBAN UNA HERMOSA CAMPERA DE GAMUZA.

ME LLAMAN UNA MAÑANA. ERA EL INGENIERO VAQUER (NO BLAQUIER). ERA GERENTE GENERAL DE SEGBA. ME NECESITABA PARA QUE LE HICIERA UNA MENSURA EN SU ESTANCIA “LA ESPERANZA” UBICADA EN EL PARTIDO DE 9 DE JULIO. EL CAMPO LO HABÍA COMPRADO EN CONDOMINIO CON UNA HERMANA UNOS VEINTE AÑOS ATRÁS.

Casi todas las mejoras las introdujo el Ingeniero Vaquer. El campo era de forma rectangular. Unas 400 hectáreas. Se trataba ahora de dividir el campo en dos fracciones de tierra exactamente iguales en superficie, de manera tal que todas las mejoras más valiosas introducidas por Vaquer quedaran en una de las parcelas que surgirían de la subdivisión. Vino una mañana hasta mi habitat en la calle Cochabamba. Cargamos, incluso con mi ayudante Schmidt, y partimos, manejando el chofer de Vaquer. Llegamos. Me explica Vaquer

sobre el mismo terreno sus intenciones. Y deja sus instrucciones también al personal de su estancia: "Atiendan al ingeniero Boccacci como si fuera yo mismo. No escatimen nada". Yo ya tenía el Título de Ingeniero Geodesta-geofísico, aunque me sonaba más lindo y simpático "AGRIMENSOR" cuando se trataba de campos.

Viví una semana en esa lujosísima estancia como un rey. El dormitorio, el mismo de Vaquer. Descargué mis elementos de trabajo. Colgué mi hermosa campera de gamuza detrás de la puerta de entrada. Las sábanas importadas de Holanda. Dormía como si estuviera sobre nubes del Paraíso. El baño adjunto, sin palabras. Almuerzo y cena en el comedor. Vajilla de plata. Cristalería de barcará. Mantel también de Holanda. La mucama ni que hablar. La comida, como las del Gato Dumas. Me faltaba la compañía de Mirtha Legrand.

Los días de campo espléndidos. ¡Qué lindas las mañanitas cuando la puntita del sol asoma! Yo con mi teodolito, mi boina de campo, mi calzado gauchesco, mis bombachas batarasas. Trabajo de campo terminado, le aviso al Ing. Vaquer. Me envía su auto con chofer, para mi retorno a casa. La campera había desaparecido. Nadie sabía nada. Yo, muy apenado. Volví al mes a causa de las lluvias. Dejé marcada con estacones la línea divisoria comisionada. Le había comentado a Vaquer la desaparición de mi campera.

Desembarco nuevamente en la estancia. Todo igual a mi primer visita. Con una diferencia: Detrás de la puerta del dormitorio estaba la campera. Recuperé la "Esperanza".

¡QUÉ ALEGRÍA !

EL DELTA DEL PARANÁ.

MENSURA Y LOTEO EN UNA FRACCIÓN DE 10 HECTÁREAS, SOBRE EL ARROYO DURAZNO EN SU INTERCESIÓN CON EL CANAL LA SERNA. VOY A SER BREVE.

Trabajé un mes y medio. Penosamente. Me alojaba en una pensión en la orilla opuesta del Canal La Serna, de 100 m de ancho. A la mañana desayunábamos y después en un bote de remos alquilado al mismo posadero cruzábamos remando. Mi ayudante y yo. Teníamos que calcular a ojo el arrastre por deriva para no ir a parar al Paraná de las Palmas que estaría a sólo un centenar de metros. Llevábamos un paquete con comida para el mediodía. Al atardecer, 18 hs, volvíamos a la pensión. El costado norte del terreno tenía un límite natural, una horqueta, que era una ciénaga. Uno de mis peones al querer cruzarlo pisando una lianas, resbaló y se hundió quedando sólo aflorando la cabeza. Con otro peón lo pude sacar a flote con ayuda de unos troncos de álamos y lianas. Mi ayudante principal, había retornado a su casa agotado y con unas líneas de fiebre. Al día siguiente, sábado, muy tormentoso, tomé la lancha colectivo de retorno. Había que atravesar el Paraná de las Palmas. En la lancha, el conductor y yo. La lluvia era de "gatos y perros" como dicen los ingleses (Cats and dogs). Las ráfagas de viento levantaban unas olas de dos metros. La lancha era como un camalote. ¡Dios mío!

¡Por favor, por mis niños y mi esposa!

Zafamos.

Volví al siguiente lunes a terminar con la mensura. Todo bien, todo en orden. Un mes más tarde volví para estaquear. Nunca más quise mensuras en el Delta

UNA MENSURA SORPRENDENTE

EN UNA OCASIÓN, EL BANCO HIPOTECARIO ME ENCARGÓ UNA MENSURA DE UNA FRACCIÓN GRANDE DE TERRENO EN INGENIERO WHITE, Y QUE LLEGABA HASTA PUERTO GALVÁN. A FIN DE QUE PUDIERA HACER EL TRABAJO CON MÁS RAPIDEZ ME DIO COMO AYUDANTE A UN INGENIERO CIVIL, UN CASO DE CHALECO.

Tomamos el tren en la estación Constitución con los bártulos. El ingeniero era de rostro feo, desgarbado en su caminar y en su vestir pobretón. Lo sorprendente era su "valija". Se la había hecho él mismo con dos palanganas pintadas de blanco, articuladas con una bisagra. Increíble. Nos ubicamos en dos asientos, uno frente al otro. En su asiento apoyó su original "valija". Me daba vergüenza. Hicimos la mensura. Como ayudante fue buenísimo. Sabía mucho de mediciones topográficas. Hecho el trabajo, volvimos a la Capital, también en tren, siempre con su valija, modelo único. Le faltó patentarlo. Me propuso reunirnos en su casa de Quilmes para hacer los cálculos. Voy un día, curioso, a su casa en Quilmes, a unas cinco cuadras de la Estación, un lugar muy chic. Llego. Me sorprende de la hermosura del chalet, con un hermoso jardín al frente. Volví a

controlar el número que había anotado. Toco el timbre. Me recibe con su sonrisa de labios leporinos. El interior de la casa, espectacular.

Me llevó a su estudio de trabajo. Sobre una de sus paredes, tres títulos de la Universidad de La Plata: Ingeniero civil, Ingeniero mecánico-electricista y Profesor de Matemáticas. Al rato aparece la esposa, para ofrecernos un café. Casi me caigo de la sorpresa. Una mujer bellísima, elegante, de modales aristocráticos, como para ir a una fiesta. Una pareja muy despareja. Un misterio de amor.

Terminados los cálculos, me quiso acompañar a la estación con su auto, estacionado en la puerta, un coche inglés aristocrático. Hermoso.

SE LLAMABA GÓMEZ. UNA CAJA DE PANDORA.

¡QUÉ SUSTO!

ESTABA MIDIENDO UN CAMPO PROPIEDAD DE DON ALBERTO BLAQUIER, EN EL PARTIDO DE LOBOS, CERCA DE LA ESTACIÓN ARÉVALO.

En ese momento, por suerte, me acompañaba uno de los administradores de Juan José Blaquier. Estaba en uno de los límites del campo, cerca de un alambrado. Había instalado mi teodolito midiendo unas radiales a sendos postes esquineros. Veo a lo lejos una nube de polvo, muy llamativa. Cada vez más grande y visible, hasta que alcanzo a ver un malón de ganado vacuno que avanzaba a toda velocidad, amenazante, bien hacia mí. Quise tomar el teodolito y salir corriendo, muy asustado, hacia el alambrado. La mano del administrador me tomó del brazo y me pidió que me quedara quietito. Los animales llegaron justo a donde yo estaba y se ubicaron todos alrededor de mí en un círculo perfecto de unos diez metros de diámetro. Se quedaron mirando un par de minutos y se fueron como vinieron. Me explica el administrador: son novillos jóvenes, curiosos como niños.

¿Esperaban caramelos? Bajaron mis pulsaciones y quizás mi presión sanguínea.

ASISTÍ A MI PROPIO VELATORIO

ME COMISIONARON EN UNA OPORTUNIDAD PARA HACER UN LOTEO EN UN CLUB DE POLO, “EL RETOÑO”.

Se trataba de proyectar un country. Muy cerca de la Estación Matheu del F.C. San Martín. Alquilo una camioneta con chofer. Llegamos a la estación Matheu. Mi ayudante, mis bártulos, el chofer y yo. 21 hs. No había un alma. Había comenzado a llover. Como el trayecto hasta el Retoño seguía por un camino de tierra, el chofer no quiso embarrar la camioneta porque no era suya. Nos dejó abandonados. ¿Qué hacemos? Lo veo al único ser humano visible: el jefe de la estación. Nada de taxi ni remise a esa hora y con ese tiempo tormentoso. Lo único que los puede salvar es el dueño de la funeraria, que está ahí no más cruzando la calle, esa casa con un portón al lado del boliche pintado de blanco.

Toco el timbre, mientras mi ayudante se queda cuidando las pertenencias. Me atiende el funebrero. Le cuento mi problema.

-**No se preocupe, yo lo llevo al Retoño. Traiga sus cosas. La tormenta arreciaba amenazadora. Relámpagos, rayos y truenos. El coche del funebrero, grandote. Un paralelepípedo perfecto.**

-**Acomódense los dos atrás.**

De pronto un rayo, iluminó toda la funeraria. Y al ratito la explosión como de una ojiva nuclear. Se cortó la luz en todo el pueblo. El funebrero corrió a encender cuatro velones que rodeaban al auto. El coche estaba rodeado de ataúdes. Faltaba un cura para despedirme con el clásico responso. Tuve la real sensación de que me estaban velando.

Salimos. Al ratito estábamos en la calle de tierra que nos llevaba al Retoño. Nunca en mi vida vi ni creo que vuelva a ver una noche que era día permanente. Se veían los árboles y ranchos como si fuera de día. Llegamos. El casero nos esperaba con una cena, y unas camitas deliciosas.

CASUALIDAD

YO FUI DURANTE UN TIEMPO MINISTRO DE LA EUCARISTÍA DE LA PARROQUIA SANTA ELENA, A UNOS 100 M DE MI HÁBITAT.

Una mañana el párroco me pide que le lleve la Eucaristía a un señor Risieri Felici, Av.Libertador, a la vuelta de casa. Llego. Muy gentilmente me recibe. Estaba en silla de ruedas. Se había caído. Era ingeniero civil. Tenía una empresa. Trabajaba principalmente para YPF en instalaciones metálicas de superficie. Terminada mi misión le comento que conocía a un agrimensor Risieri Felici.

-Es mi hermano, me dijo. Hace años que está instalado en Comodoro Rivadavia. Hizo una fortuna con la Agrimensura. Hizo mucho más dinero que yo con mi empresa. Me contó que lo solía visitar. Tanto él como yo habíamos integrado allá por 1960 la comisión directiva del Consejo Profesional de Agrimensura del que yo era tesorero. Risieri era un gentelman. Una pólvora en su verborragia.

OTRAS ANÉCDOTAS MENORES

PONGO AQUÍ ESTAS OTRAS ANÉCDOTAS. SÓLO AGREGO ALGUNAS MÁS DE MIS RARAS MENSURAS:

- 1) Cancha de Boca Juniors y aledaños
- 2) Cancha del Club Ferrocarril Oeste y aledaños.
- 3) Una manzana triangular con un galpón inmenso lleno de botellas de vidrio. Estaba sobre la calle Luzuriaga, a pocos metros del Riachuelo.
- 4) Una fábrica de chacinados. Volví a casa con una bolsa de salamines, longanizas... que me regaló el dueño.
- 5) Una fábrica de armazones para lentes.
- 6) Una fábrica de agar-agar, en la esquina de Perú y Av. Caseros.
- 7) Un conventillo sobre la calle Bolívar al 900. En el momento que entro al conventillo, salió de uno de sus cubículos una mujer con

una pava con agua hirviendo corriendo a su pareja, con una ristra de puteadas de todos los colores. ¡Qué recibimiento! ¡Me volví asustado!

8) Varias nivelaciones para la gran Empresa Constructora Guibert y Cia.

9) Demarcación de acuerdo a títulos de la destilería y playa de maniobras de vagones tanques de la Esso y de la Shell en Puerto Galván, Bahía Blanca.

10) Mensura de cuatro hectáreas en Ingeniero White, a pedido de la Philips, en donde quería construir una gran fábrica de lamparillas de filamento. El plan abortó cuando avisaron desde USA que se había descubierto la posibilidad de fabricar lámparas de bajo consumo por fluorescencia. Estas tratativas las hice directamente con el Gerente General de la Philips en Buenos Aires (sobre la General Paz) Mr Von Leyden. Este Señor me pidió un presupuesto para orientar astronómicamente antenas parabólicas de micro ondas en una línea de Bs Aires a Mendoza. Le pareció alto mi presupuesto, por suerte. Este señor Leyden me invitó a cenar con él y el gerente de la Sucursal Bahía Blanca. También me invitó a ver una pelea en el Ring-side del estadio de bahía Blanca entre dos campeones peso pesado. ¡Cómo sonaban las trompadas! ¡Mamita!

11) Mensura en plenas sierras de Tandil, cruzadas por una línea férrea de trenes de carga de Cemento de Loma Negra. Lindero a esas tierras tenía su estancia un italiano muy rico. Lo conocí. Muy amable conmigo. A la mañana, antes de ir a mensurar iba a su estancia a desayunar: manteca y dulce casero, leche casera, pan casero de horno de barro. Antes de retirarme con mi ayudante me invitó a tomar un café en su casa, en el Centro de Tandil. ¡Qué casa! ¡Mamita!

¡Qué muebles! todos traídos de Italia, de color claro natural. Viajaba todos los años a Italia para estar con su familia la mitad del año. Su apellido era Salvio. Nunca más lo vi.

Uno de los puntos de la poligonal de medición lo establecí en medio de las vías en una loma. Empecé a oír el bufar de una locomotora subiendo la loma. Subía tan lentamente que pude medir tranquilamente el ángulo. El tren arrastrando vagones cargados se movía a paso de hombre.

Estando en Tandil me invitaron a conocer Loma Negra, en Sierras Bayas. Me explicaron la técnica de fabricación del cemento. Modernísima. Automatizada totalmente, aún el dosage. Todos los alrededores de la fábrica inundados de polvo de cemento. Al mediodía me invitaron a un lunch. La sala, en medio de todo, con sus paredes externas con sus paramentos trabajados como si fuera una gran enredadera. Sus nervaduras atestadas de cemento. Yo me dije, aquí me van a dar bocadillos de cemento. Se abrió la puerta de una hoja. Adentro todo brillaba. Los pisos, un espejo, una pista de patinaje. Los mozos de etiqueta. Un sueño todo. Había otros invitados.

MIS MAESTROS AGRIMENSORES

MIS DOS GRANDES MAESTROS FUERON EUROPEOS. UNO EL ESPAÑOL MARTÍNEZ CARRASCO; EL OTRO, EL AUSTRIACO DON ISOKA.

Carrasco tenía un método al que le llamaba el método de las figuritas. Practiquísimo. Más exacto. Imposible cometer errores de cierre. Siempre que alguna entidad o un particular necesitaba conocer una latitud y azimut astronómicos, recurrían a él, que empleaba el método Gauss-Aguilar. No existía el GPS. El método Gauss-Aguilar era práctico, porque las Efemérides anuales se conseguían fácilmente y baratas. Yo las compraba en Baires en la calle Montevideo al 700, un negocio de Náutica. Yo tenía las tablas Gauss-Aguilar, que compré en la Facultad de Ingeniería de La Plata. De vez en cuando, en noches sin nubes, me divertía subiendo a la terraza de mi anterior casa para hacer una medición de latitud. Tenía un teodolito especial para esa tarea. Era un fanático de las mediciones.

El austríaco Isoka tenía cuando lo conocí 80 años. Se instaló muy joven en Mendoza. Realizó más de mil mensuras. Muchos relevamientos catastrales para Municipios. Me invitó a su casa. Tenía unas 40 libretas de campaña, todas exactamente iguales, de tapas duras, forradas todas del mismo color. Todos los números exacta-

mente de 3 milímetros de altura. Los ángulos dibujados con transportador. Los lados de los polígonos trazados con regla. Ni la más mínima mancha de suciedad. Le pregunto: -Don Isoka, ¿cómo hacía estos dibujos, números, letras, con tanta prolijidad y pulcritud?

Me responde: -en Austria, los exámenes de topografía se rendían sobre terrenos escarpados, en días agradables. A cada alumno se le asignaba un polígono n de lados. Terminada la medición, se le pedía al alumno la libreta de campaña, como éstas que Ud. ve aquí. Si había un número que no fuera de 3 mm, si había líneas a mano alzada, si había una mancha de suciedad, o un ángulo mal trazado, etc. el alumno era aplazado, y tenía que repetir el año. Se tomaban 5 exámenes por año. Le aseguro, Um Bocasi, que los que lograban el título académico, terminaban agradeciendo esta disciplina toda la vida.

-Bien que le creo, don Isoka

-Tome, Um Bocasi, cualquiera de estas libretas de campaña. Comprobará lo que le digo.

Un recuerdo también a mis grandes maestros de mis años de Facultad, como el Ing. Baglieto, el Agrimensor Saralegui, al Ing. Galloni, al Ing. Batana, al Agrimensor Spiess, al Arquitecto Ugarte, al Dr Mingram.

DEJÉ ESTA QUERIDÍSIMA PROFESIÓN, A LA QUE LE PRESTÉ MIS SERVICIOS COMO TESORERO EN EL VIEJO CONSEJO PROFESIONAL DE AGRIMENSURA, ARQUITECTURA E INGENIERÍA.

Posteriormente fui socio fundador N° 5 del Colegio de Agrimensores de la Capital Federal. Dejé la profesión cuando mi principal cliente, don Juan José Blaquier, voló solo a USA, con una mujer como copiloto. Su avión de corte comercial, cayó en aguas del Golfo de México. Se cayó también mi gran fuente de trabajo.

La transición fue paulatina. Se sumó al caso Blaquier un segundo golpe. Mi esposa, por un accidente, quedó ciega y en sillas de rue-

das. Pasaron algunos años tratando con costosas operaciones de que recuperara un poco la vista. Algo se logró. Fue muy duro para mí. Tuve yo también que pasar por tres operaciones quirúrgicas. La última me fui en sangre. Al salir del quirófano hacia terapia intensiva, uno de los cirujanos que acompañaba la camilla, al pasar delante de mis familiares les dijo: Recen.

No sé cómo llegué a los 96 años.

Pasaron los años. Como Agrimensor fui homenajeado junto a cuatro colegas cofundadores del Colegio de Agrimensores de la Capital, en una fiesta en conmemoración del cincuentenario de su fundación. La ceremonia fue en el tradicional Hotel Español de Buenos Aires. Inolvidable. Matizada por excelentes artistas.

Tuve también el privilegio de representar al Consejo Profesional de Buenos Aires en el Tercer Congreso Profesional de Agrimensura celebrado en Mendoza.

Recuerdo que el primer día del Congreso, todos tuvimos que presentar nuestra nominación oficial como congresal. Pero hubo uno de apellido Cartasso, agrimensor y abogado, que no estaba autorizado. Era profesor de Agrimensura Legal en la Facultad de Ingeniería. No fue admitido por el Presidente del Congreso, agrimensor Urtizberea (+). El Dr Cartasso se enfureció, pegó unos gritos contra Urtizberea, se dio media vuelta y se retiró velozmente. Pero hete aquí que Cartasso era miope, y no distinguió las puertas de entrada al salón que eran de blindex. Rompió el blindex al chocar con la nariz, que terminó sangrando. Lo tuvimos que llevar a un hospital urgentemente. Al otro día volvió enojado con la nariz muy vendada. Al verlo entrar el presidente del Congreso se levantó de su sillón ubicado sobre una alta tarima, y de ahí le espetó fuerte al renuente: ¡Dr Cartasso, eso le pasa por meter la nariz donde no le corresponde! Igualmente lo invitó a quedarse como oyente, sin voz ni voto. Las leyes son para cumplirlas, sobre todo cuando surgen democráticamente. Urtizberea era muy correcto en todo.

No puedo dejar de recordar aquí al agrimensor Castagnino. Un ba-

luarte, entre varios otros, por su lucha legalmente justificada por la jerarquización del agrimensor, un sacrificado puntal histórico en el crecimiento y desarrollo de nuestra Patria. Castagnino era un orador impresionante. Parecía más un doctor en Derecho que un agrimensor.

Desde 1962 cambié de rumbo con mis títulos de Ingeniero geodesta-geofísico e Ingeniero en petróleo, dos carreras de postgrado. Trabajé 15 años en el Laboratorio de Investigación y Desarrollo de YPF y durante 15 años también fui profesor de Geofísica aplicada en la UNLP. En 1986 armé mi propia Empresa (CYSA SA) con dos colegas. Durante diez años realizamos importantes trabajos para YPF en cinco provincias. Fui profesor del Instituto Argentino del Petróleo, en donde di cursos en Buenos Aires, Mendoza, Salta y Cerro Dragón Y también en empresas privadas como Shell, Esso, Ámoco, Petrobrás (Brasil) y Francia (Instituto Francés del Petróleo). Fui contratado por la Société International de Surveillance. Asesor del IRAM, de la Oficina de Patentes y Perito de Oficio en los Tribunales. Realicé prácticas petroleras en USA, Japón, Holanda y Francia. Actué en Simposium y Congresos, y con artículos técnicos en la Revista Petrotecnia del IAP.

Edité cuatro libros (Editorial lumen) sobre religión y ciencia, haciendo hincapié en la Física Cuántica.

Tuve un hijo Tomás, licenciado en Informática, que reside en USA desde hace unos 40 años; con su esposa Liliana, me dio tres nietos, uno de ellos presbítero católico en USA. Tengo dos hijas que me dieron 7 nietos, todos profesionales. Gracias a mi hijo Tomás viajé a USA una docena de veces.

Incluso tuve la suerte de estar con él y su núcleo familiar en los Alpes Marítimos Franceses cuando trabajó para la Empresa Amadeus, en las vecindades de Cannes y Niza.

Y un total de 12 biznietos. Dos en París, uno de ellos, francés. Y dos en USA. Un desparramo.

En Alemania pude apreciar la seriedad con que se trabaja en el Catastro Territorial, y en el Catastro Altimétrico Hidrométrico, similar esto último en casi toda Europa para la prevención de inundaciones y para proyectos hidráulicos. Y en Japón, el Catastro de Movimientos tectónicos, para pronosticar movimientos sísmicos.

TODO MUY LINDO COMO TRABAJO, PERO LO MÁS LINDO MI QUERIDA AGRIMENSURA, LLENA DE JIRONES DE PATRIA, DE TRADICIÓN, A LA SOMBRA DE DON SEGUNDO SOMBRA, SABOREANDO UNOS MATES Y ASADITOS CON AROMA A PASTO, ESCUCHANDO UNA GUITARRA RODEANDO UN FOGÓN O UNA BAGUALA SOLITARIA AL BORDE DE LA PRECORDILLERA, MIENTRAS SE DISFRUTA CON LA GEOMETRÍA DE EUCLIDES

¡GRACIAS QUERIDA AGRIMENSURA
POR TODO LO QUE ME DISTE!

MARZO / 2022